

Un pueblo en busca de su libertad

Relectura de *Hijo de hombre*

Casi década y media después de su publicación en España, *Hijo de hombre*¹ sigue siendo, junto con *Yo, el Supremo*² muy interesante lectura para quienes se sientan preocupados por el devenir de los pueblos del Cono Sur Americano y, muy principalmente, para aquellas personas que han vivido con algún interés el desarrollo político, económico y social de la muy castigada república situada entre los 19 y los 27° de latitud sur, o sea Paraguay, cuya capital es Asunción.

El autor de estas dos novelas es Augusto Roa Bastos, que nació en la mencionada capital en 1917, aunque pasara sus primeros años en la región del Guairá. Exquisito cultivador de la lengua castellana, pese a su larga estancia en Francia, Roa Bastos, poeta ilustre y residente prestigiado en su país, gracias a la contestación perpetua que mantuvo acerca del gobierno del depuesto general Alfredo Stroessner, fue voluntario de la llamada Guerra Grande o Guerra del Chaco contra Bolivia en su compulsiva juventud, actuando después como periodista en su propio país o como viajero fatigado en la Europa de posguerra (1944-1946), hasta que fijó su residencia en Buenos Aires en 1947, primero en calidad de agregado cultural y posibilitando allí su formación que le daría ocasión de regresar a Europa, continente en el cual ha sido muy apreciado como profesor universitario, conferenciante y articulista. Pero en su estancia en Paraguay, Roa Bastos se ocupó fundamentalmente de estudiar tanto los condicionantes reales de su pueblo como la historia efectiva que había posibilitado aquella situación, es decir, el vapuleo constante de hombres y mujeres por personajillos de lo político que pretendían construir su biografía a costa de sufrimientos ajenos y, sobre todo, engordar físicamente gracias a la desnutrición de súbditos conformistas y de indígenas abandonados a una suerte cruel y, además, irremediable por el escaso conocimiento que de estos temas se tiene fuera de los lugares en que están sucediendo. Es así como los problemas seculares de Paraguay dieron pie al nacimiento de

¹ Augusto Roa Bastos: *Hijo de hombre*. Ediciones Alfaguara, S.A. Madrid, 1977, 388 págs.

² Augusto Roa Bastos: *Yo el Supremo*. Ediciones Alfaguara, Madrid, 1985, 520 págs.

la primera de las citadas novelas, de manera que *Hijo de hombre* viene a evocar, fundamentalmente, los problemas históricos del Paraguay, como un pueblo abnegado, y siempre abandonado a su suerte, pero del que el autor tiene un conocimiento intenso que le permite reflejar en sus escritos las vicisitudes de sus compatriotas de cara a lograr un futuro menos oscuro y, desde luego, carente de las cadenas de la opresión militar y de una deuda externa que prohíbe salarios razonables para una subsistencia digna a todas las escalas o unos índices culturales que puedan superar aunque sea de forma mínima los baremos del Tercer Mundo.

Conocedor del pueblo guaraní, las expresiones de éste se mezclan de forma frecuente con un depurado castellano, de manera que nos hace compaginar el espíritu indígena del autor con su proyección universal en un ánimo de globalizar esa historia de hambres y miserias que han configurado excepcional visión de ese pueblo acosado desde siempre, y hasta ahora, por unos enemigos tan crueles como han sido y siguen siendo la más feroz incultura, la más grave injusticia social y, también, la incompreensión amplia de sus países cercanos, como Argentina, Brasil y el otro enemigo militar, Bolivia, de donde contemplamos a Paraguay en el centro inhóspito de un hemisferio militarizado y empobrecido por los desgobiernos de despóticos generales y viviendo con la esperanza de una redención que no parece acabar de tocarle en suerte.

Esa lucha por la libertad toma, entonces, todo tipo de caminos, pero el éxito pretendido es escaso ya que con las armas es fácil luchar contra la libertad y con los deseos de igualdad y fraternidad, que acuñó la Revolución Francesa. La violencia es soterrada y viviente a la vez, calculada y precisa, pues quien gobierna tiene los medios para imponer la voluntad y quien desea ser libre únicamente cuenta con su voluntad y su escasa fuerza física frente al coloso de hierro y sin razón que son las dictaduras de todos los colores que en el mundo han sido.

Parte Augusto Roa Bastos de su propia experiencia como hombre de acción, cuyos testimonios personales son importante prólogo para adentrarnos en la historia no del todo ajena que se relata a continuación. Se nos relata al tiempo, de manera ampulosa y magnífica, ese inmenso grado de abandonismo y de desesperación que hizo presa antes y después de la «hermosa guerra» en todos aquellos seres aplastados y subyugados por el excesivo y prepotente autocratismo increíble de la llamada Dictadura Perpetua del Doctor Francia. Se trataba de súbditos indolentes de una tierra pobre donde la iniquidad era su mejor posesión, casi la única, frente a un tierra yerma y a un entorno malvado, incapaz totalmente de hacer menos difícil la vida de sus moradores.

Pero si, generalmente (al menos de forma contemporánea), la historia la instituyen, más que escribirla, los vencedores de guerras sangrientas, hambres perniciosas y violencias sociales, en este caso, Roa Bastos se convierte, de manera eficaz y casi carismática, en la voz de los «vencidos», de los depauperados, de los habitantes de la miseria más atroz, de aquellos que, aun carentes de toda libertad, siguen buscando un camino hacia el horizonte.

Unos versículos de Ezequiel son la entrada o pórtico del libro, aquellos que dicen:

Hijo de hombre, tú habitas en medio de la casa rebelde... (XII, 2).
 ...Come tu pan con temblor y bebe tu agua con estremecimiento y con anhelo... (XII, 18).
 Y pondré mi rostro contra aquel hombre, y le pondré por señal y por fábula, y yo lo cortaré de entre mi pueblo... (XIV, 8).

Casa rebelde que el protagonista, Macario Francia, habita como posibilidad para enterrar los antagonismos de sus antepasados en una difícil vivencia, casi inédita, para recuperar el orgullo de su pueblo tras las humillaciones sufridas tiempo atrás. De ahí esas predestinaciones inquietantes, «come tu pan con temblor y bebe tu agua con estremecimiento y con anhelo», como paso para asumir todas las violencias y comprender todas las incompresiones después de la dictadura cruel y en un reinado de carencias totales. He ahí enfrentamientos seculares, el de Macario con su propia familia, con su propia historia, a fin de buscar un camino recto en el cual redimir a quienes sufrieron el despotismo sin más compensación que el abandono a un futuro cruel y silencioso.

Efectivamente, resulta que casi como siguiendo los pasos del también patético relato de *Yo, el Supremo* («Yo soy el árbitro. Puedo decidir la cosa. Fragar los hechos. Inventar los acontecimientos»), y sin la menor concesión a una supuesta esperanza, *Hijo de hombre* comienza situándonos ante Macario Francia, que «habría nacido algunos años después de haberse establecido la Dictadura Perpetua. Su padre, el liberto Pilar, era ayuda de cámara de El Supremo. Llevaba su apellido. Muchos de los esclavos que él manumitió —mientras esclavizaba en las cárceles a los patricios—, habían tomado este nombre, que más se parecía al color sombrío de una época. Estaban teñidos de su signo indeleble como por la pigmentación de la motosa piel». Este Macario se convertirá, de manera apasionada, en el inédito salvador del Cristo revivido obra del leproso Gaspar Mora, quien «Durante el tiempo de su exilio lo había tallado pacientemente, acaso para tener un compañero en forma de hombre, porque la soledad se le habría hecho insoportable, mucho más terrible y nefasta quizá que su propia enfermedad». Macario Francia se convierte así, en salvador frente a todo y, fundamentalmente, frente a la constante e incomprensible opresión de ese cura que, obstinadamente, prohíbe la entrada de la imagen tallada por Gaspar en cualquier lugar sagrado. Para ello, el representante del orden y de las buenas costumbres, aduce que actúa así porque esa imagen del Cristo de madera «Es la obra de lazamiento. Hay peligro de contagio. La Casa de Dios debe estar siempre limpia. Es el lugar de la salud...», aunque permita los estragos del hombre o disimule los castigos de la pobreza. Todo ello va imprimiendo a la novela una serie de protagonistas de variadas psicologías y rasgos inquietantes, como reflejo de los seres humanos que nos implican en miserias irredentas y en historias nada idílicas.

Surge, entonces, la historia de un «doctor», que es arrojado de un tren y, de forma abnegada y paciente, se irá convirtiendo en la persona capaz de alejar el dolor de todos los sapuqueños que a él acuden, comenzando por la María Regalada, hija del enterrador y, posteriormente, enterradora ella misma al heredar oficio y habitación